



## Etnografía para la complejidad

Ethnography for complexity

Esteban Ruiz Ballesteros

Catedrático de Universidad. Dpto. de Antropología Social, Psicología Básica y Salud Pública. Universidad Pablo de Olavide. Sevilla  
[eruibal@upo.es](mailto:eruibal@upo.es)

### EDGAR MORIN Y EL PENSAMIENTO COMPLEJO

MONOGRÁFICO COORDINADO POR JOSÉ LUIS SOLANA RUIZ (Universidad de Jaén)

---

#### RESUMEN

Pasar del “pensamiento complejo” a la “investigación compleja” solo es posible si seguimos estrategias, metodologías y herramientas que nos permitan aproximarnos a la realidad empírica sin hipotecar los principios básicos de un abordaje complejo del mundo. Sin descartar otras opciones que pudieran garantizarnos ese acercamiento complejo a la realidad, el presente texto recoge una reflexión sobre el potencial que la etnografía nos ofrece en ese sentido. La etnografía, una forma naturalista de acercarse a los otros, una artesanía de la investigación en contexto, no es estrategia nueva, todo lo contrario, se trata más bien de una reliquia, un exotismo metodológico cada vez más de moda. La perspectiva etnográfica se nos revela especialmente útil si buscamos comprender los fenómenos sociales y culturales sin renunciar a lo que les subyace ni a lo que los trasciende. En definitiva, quiero mostrar en este artículo qué tanto empata la etnografía, como estrategia de investigación, con una sensibilidad radicalmente compleja.

#### ABSTRACT

Moving from "complex thinking" to "complex research" is possible if we follow strategies, methodologies, and tools that allow us to approach empirical reality without denying the basic principles of a complex approach to the world. Without ruling out other options that could guarantee this complex approach to reality, this article is a reflection on the potential of ethnography in this regard. Ethnography, a naturalistic way of approaching others, a craft-research in context, it is not a new research strategy, quite the contrary, it is rather a relic, a methodological exoticism increasingly fashionable. The ethnographic perspective is revealed especially useful if we seek to understand social and cultural phenomena considering what underlies and transcends them. In short, I want to show in this article how much ethnography can be seen, in essence, as a research strategy match up with a radically complex sensibility.

#### PALABRAS CLAVE

etnografía | complejidad

#### KEYWORDS

ethnography | complexity

---

## 1. Introducción

La pretensión de comprender a los seres humanos —en cualquiera de sus dimensiones y actividades posibles— pasa necesariamente por comunicarse con ellos. La observación, la interacción y la palabra son los medios para establecer dicha comunicación. Desde ahí podemos dilucidar, a grandes rasgos, lo que hacen y lo que dicen, construyendo de esa forma una narración de sus prácticas y de sus discursos de representación de la realidad, a la que se adhiere nuestro propio relato sobre sus actos y manifestaciones. Ahora bien, con ese ejercicio, lejos de la ingenua expectativa de encontrar “coherencia lógica” entre discursos y prácticas (entre lo que se dice que se piensa, lo que se hace y lo que se dice que se hace), lo que emerge muy frecuentemente es la ambivalencia, la paradoja, la contradicción, y sobre todo una multidimensionalidad de los hechos narrados que supera ampliamente nuestros compartimentos académicos para pensar el mundo (economía, política, sociedad, religión...). Por si fuera poco, todo ello habría que situarlo en un doble contexto: por un lado, en la obvia determinación biológica de los humanos como especie —por más que esta pretenda eclipsarse gratuitamente—; y por otro, en el particular tejido social y cultural en que los humanos nacen y se desenvuelven. Ambos contextos condicionan sustancialmente, pero sin agotar hasta el mecanicismo, lo que se hace y cómo y qué se dice, elementos primordiales para la comprensión de lo humano.

Efectivamente, se trata de un panorama marcado tanto por lo inmanente como por factores trascendentes, pero que no debe perder nunca la atención de lo que sucede desde el punto de vista fenomenológico. Este es el reto: primero, asumir plenamente la complejidad inherente a lo humano; segundo, delinear analíticamente una perspectiva para encararla (propiciar un pensamiento complejo, quizá una ciencia de la complejidad); y tercero, desarrollar una metodología para la aproximación empírica coherente con esa sensibilidad y con los principios analíticos que reclamamos. A este último empeño es al que vamos a dedicar este texto, proponiendo la etnografía como estrategia especialmente indicada para investigar el mundo —con los humanos como protagonistas— desde una sensibilidad que no quiere renunciar a su inherente complejidad.

## 2. Edgar Morin, etnógrafo

Con frecuencia se afirma que la propuesta de pensamiento complejo de Edgar Morin es eminentemente teórica, que no se encuentra *operativización* empírica alguna ni en *El método* ni en sus múltiples aportaciones más específicas sobre la complejidad. La obra de Morin es muy prolija y para la mayoría de sus lectores —sobre todo de obras traducidas al español— pasa desapercibido su trabajo más empírico, un estudio de caso sustentado en una investigación cualitativa de corte etnográfico: *La métamorphose de Plozévet* (1967). Esta investigación se llevó a cabo mucho antes de la aparición progresiva de *El método* y de la elaboración moriniana del pensamiento complejo. Morin, junto a un equipo de colaboradores, llevó a cabo un estudio sobre la transformación del ámbito rural en Francia a mediados del siglo XX, centrándose en una comunidad bretona como microcosmos para analizar el proceso “modernizador” más general. No es muy difícil intuir en las conclusiones de este estudio la emergencia —desde lo empírico— del pensamiento complejo. Pero, a los efectos que aquí más nos interesan, resulta revelador cómo se propone un enfoque analítico y sobre todo una estrategia que nos permite *operativizar* una aproximación compleja a la realidad sociocultural a mediados de los años sesenta, cuando precisamente triunfaban perspectivas mucho más rígidas, simplificadoras y mecánicas a la hora de comprender el funcionamiento social. Paradójicamente, Morin pretende desmarcarse de la etnografía antropológica más clásica, por considerar que se ocupa “del fondo arcaico de los grupos” (Morin 2013: 10), para proponer una “sociología del presente” que, como veremos, no es más que lo que hoy entenderíamos como una etnografía, cierto que con un enfoque complejo. Por todo ello, merece la pena, a modo de punto de partida, comenzar nuestra reflexión por las propias propuestas que Morin nos hace desde Plozévet, quizá con un planteamiento que podríamos calificar de *protocomplejo*, pero que bien puede entenderse como el embrión de lo que sería una etnografía para la complejidad.

Morin tiene como objetivo el estudio del proceso de modernización en Francia, entendido de manera integral y multidimensional, incluyendo factores económicos al mismo tiempo que psicológicos. No obstante, su consideración previa y teórica de la modernización va más allá de las perspectivas unilaterales propias de la época, abrazando sin empacho tanto la idea de cambio como la de resistencia, y planteando que el proceso tiene dosis importantes de ambivalencia. Decide trabajar desde un estudio de caso porque le permite focalizar empíricamente un proceso general en un contexto particular y abarcable, en el que se permite profundizar minuciosamente en la multidimensionalidad del fenómeno: la idea de microcosmos que permite “fijar lo singular y lo general del caso de estudio, no diluir ni eliminar uno en lo otro” (Morin 2013: 9).

En vez de fijar un programa de investigación rígido, elabora junto a su equipo una estrategia general que se va concretando a lo largo del proceso de investigación y que incluye la reflexión constante sobre los datos que se van obteniendo y sobre los propios investigadores (roles, sensaciones, estados de ánimo). Ello permite dar cabida durante el trabajo de campo a la posibilidad de incorporar nuevas ideas, perspectivas analíticas, incluso hipótesis, que puedan transformar las herramientas y el diseño de investigación. Para ello, la fase de recogida de datos y la de análisis se articulan —no se segmentan completamente en el tiempo— en una adaptación permanente de ambas tareas: se trata —según sus palabras— de procurar rigor sin rigidez.

Las herramientas operativas de su investigación son las siguientes:

- 1) La observación *fenomenográfica* que permita ir más allá de una sociología sujeta y reducida a un cuestionario de entrevista. Se trata de una observación analítica y panorámica, que incluye al observador en su observación (Morin 2013: 445). Morin caracteriza esa observación *fenomenográfica* a través de un recurso a la descripción literaria de los estilos de Balzac y Stendhal: “hacer balzacismo (descripciones minuciosas lo más completas posibles) y stendalismo (fijarse en los pequeños detalles significativos)

sociológicos” (Morin 2013: 10). Las observaciones deben estar sometidas a un estricto registro que conforma un “conjunto de anotaciones [que] se convierte, a medida que el contexto de estudio deviene inteligible, [en] un vivero donde los datos se transforman en signos, y donde el detalle es cada vez menos accesorio para devenir revelador” (Morin 2013: 445). La actitud que permite este tipo de observación no se circunscribe a la mera “recolección de datos”:

“Las disposiciones necesarias para la observación son al mismo tiempo las disposiciones necesarias para el conjunto de la investigación: un interés igualmente sostenido por las ideas generales, por la humanidad singular y por las realidades concretas. En cambio, la actitud puramente profesional atrofia la percepción; el interés monomaniaco por una sola idea la mutila; la indiferencia a los otros seres humanos es ceguera; la indiferencia a las ideas nos vuelve insensibles a la proliferación de signos que constituye el mundo fenoménico; la carencia de capacidad de descifrar conduce a la incapacidad de percibir y viceversa” (Morin 2013: 446).

2) La entrevista, en la que se debe perseguir ante todo la significatividad: se buscan casos extremos, gente que vive muy especialmente el conflicto-proceso que se estudia. La entrevista debe desarrollarse como una conversación: “La entrevista tiene éxito a partir del momento en que la palabra del entrevistado se libera de inhibiciones e incomodidades y deviene comunicación” (Morin 2013: 447). Sería recomendable que el propio entrevistado llegue también a preguntar durante la entrevista, al punto de que esta devenga, efectivamente, un diálogo.

3) La participación e incluso intervención (praxis social). Se trata de una estrategia que Morin reconoce heredada del marxismo, en la que se considera la acción como contexto de investigación: estudiar la praxis social tal como se produce. De esta forma, más allá de la mera observación, el investigador participa e incluso provoca la acción social. Desde un punto de vista metodológico ello supone prácticamente una intervención social asociada a la investigación (si es que ambas pudieran separarse); en realidad se propone la intervención como método de investigación a modo de *action-research* (Morin 2013: 450). Esta estrategia está fuertemente condicionada por recomendaciones precisas en cuanto a la responsabilidad y la prudencia, y queda enmarcada en una serie de principios técnicos y éticos (Morin 2013: 450).

La metodología que Morin despliega en Plozévet procura —mediante la observación— abarcar de manera muy amplia el fenómeno que se estudia, reconocer las energías que lo guían (praxis) y activarlas en determinados espacios estratégicos (intervención), e incluso profundizar a través de la intimidad individual que propicia la entrevista al interrogarse el acto, la palabra y las cosas (Morin 2013: 541).

Practicada de esa forma, la investigación resulta ser un proceso intersubjetivo, ya que no puede existir una separación objeto-sujeto entre seres humanos. En el transcurso del trabajo de campo se produce tanta simpatía-proximidad como distanciamiento entre investigadores e investigados. Resultan cruciales las actividades sencillas y cotidianas, como comer y beber juntos, así como la inmersión residencial de los investigadores. Por su parte, la disociación científica indispensable viene de la intelectualización (que no excluye la participación efectiva y afectiva): distanciamiento y objetivización. Por tanto, se debe “practicar simultáneamente el pleno empleo de la objetividad del conocimiento y el pleno empleo de la subjetividad, es decir, del interés, de la pasión, de la amistad” (Morin 2013: 10). No se puede eludir esa dualidad interior: el investigador es un elemento dual, amigo y profesional. Esto confiere al proceso de investigación un doble carácter objetivo-subjetivo.

Morin dedica también atención al perfil de los investigadores, para concluir que es más importante su calidad personal que la cualificación técnica. No dejan de resultar curiosas sus reflexiones sobre los investigadores jóvenes, de los cuales comenta que una atención amplia a los hechos les parece una suerte de “impresionismo”, mientras la atención abierta a las ideas les sugiere un exceso de “ensayismo” (Morin 2013: 453). A partir de aquí denuncia abiertamente el carácter taylorista (segmentado en una especie de cadena de producción) de la investigación en ciencias sociales, apostando por su democratización: que los directores participen en el trabajo de campo y los entrevistadores reflexionen a lo largo del proceso analítico. Para ello, desarrolla un trabajo intenso de comunicación al interior del equipo, que implica la circulación de documentos e ideas.

En su descripción de la metodología aplicada en la investigación en Plozévet, Edgar Morin nos ofrece las trazas fundamentales de una estrategia para la investigación etnográfica desde presupuestos complejos. No solo caracteriza algunos elementos técnicos (la observación, las entrevistas, la participación), sino que establece también la necesidad del desarrollo progresivo de un sistema interpretativo que debe ser heterogéneo y dinámico, manteniendo hasta el final de la investigación el “principio de higiene de la

puerta abierta al encuentro y lo inesperado” (Morin 2013: 456). Con todo ello se sientan las bases de una metodología que nos permite alcanzar la comprensión tanto de lo singular como de lo macro, para huir tanto de los lugares comunes ideológicos como de las aproximaciones periodísticas (Morin 2013: 456).

En *La métamorphose de Plouzévet* se traza un rumbo para investigar desde una perspectiva compleja, pero que dista mucho de ser en ese momento una propuesta madura. La razón es bien sencilla: si bien expone algunas herramientas y perspectivas que deben guiar una etnografía compleja, su propuesta se lleva a cabo sin haber presentado todavía cómo es esa complejidad que se persigue aprehender, cuáles son sus elementos constituyentes básicos desde un punto de vista analítico, cosa que abordará en obras posteriores. Por eso, quizá lo más apropiado en este punto sea caracterizar los fundamentos de una aproximación compleja a la realidad. Una vez determinados, será el momento de reflexionar sobre cómo puedan ser encarados empíricamente y comprobar la utilidad, en este sentido, de la etnografía. Para hacerlo, no solo tomaremos como referencia la propia obra de Morin, sino que ampliaremos nuestra perspectiva desde el pensamiento complejo a las ciencias de la complejidad.

### 3. ¿Cómo aproximarnos teóricamente a un mundo complejo?

Pensamiento complejo es sinónimo de pensamiento sistémico. El sistema como artefacto para comprender el mundo es quizá la piedra angular de una aproximación compleja a la realidad, en torno a él gravitan todos los demás recursos analíticos que nos ayudan a desentrañar la naturaleza compleja del mundo que habitamos. Aprehenderemos convenientemente la complejidad en tanto en cuanto radicalicemos nuestra capacidad para captar el carácter sistémico de todo lo que nos rodea y de nosotros mismos. Esta radicalización conlleva la problematización (que no disolución) de los objetos, referentes capitales sobre los que se construye el conocimiento occidental. Lo que “constituye” la realidad son redes de relaciones, los objetos son condensaciones coyunturales y particulares dependientes de perspectivas y niveles perceptivos (Capra 1996 y 2002, Latour 2008); perspectivas y niveles perceptivos que convierten objetos en sistemas o sistemas en objetos dependiendo del nivel de análisis. El reto consiste en pensar en relaciones al mismo nivel que se piensa en objetos que se relacionan; son las relaciones las que constituyen primordialmente los objetos y la realidad, y no al revés. Por tanto, lejos de una atención a la esencia de los objetos, lo que precisamos es una sensibilidad consistente con los procesos (constituidos por relaciones) que en última instancia, por mera limitación epistemológica humana, constituyen *objetos*. Objetos y sujetos son emergencias sistémicas y nunca las claves ontológicas de la realidad.

Una vez que enfocamos en las relaciones antes que en los objetos, es preciso afinar el carácter de esas relaciones desde una perspectiva compleja. Más allá de un componente causal, lineal, simple y fácilmente delimitable, las relaciones tienen una configuración principalmente recursiva; esto es: causa y efecto se (con)funden (las supuestas causas son también efectos de aquello que han causado). Las relaciones conforman —en vez de redes simplificadas y rígidas— una maraña inextricable a modo de rizoma (Deleuze y Guattari 1994). El rizoma es orgánico —está vivo— mientras la red evoca con demasiada frecuencia a la cristalización inorgánica, perfectamente delimitada y estática. Es la noción de rizoma la que radicaliza el concepto de sistema “domesticado” por la linealidad simple y el estatismo.

Este carácter rizomático se entiende mejor si las relaciones son dotadas de un carácter dialógico en el sentido que nos propone Morin (2002); es decir, expresan, a un tiempo, complementariedad, concurrencia e incluso antagonismo entre aquellos elementos que articulan. Este carácter dialógico nos permite integrar plenamente en nuestra perspectiva analítica la ambivalencia, la paradoja y la contradicción como dimensiones inherentes al mundo, lejos de pretendidas coherencias que responderían exclusivamente a la expresión de una sola lógica en los procesos de constitución de la realidad.

En sistemas conceptualizados de esta forma, los procesos son susceptibles de desarrollar comportamientos más abiertos, flexibles e inciertos de lo que habitualmente se les atribuye a nivel conceptual (atribución que nos impiden captar la complejidad del mundo). En un marco recursivo, dialógico y rizomático, los procesos que siguen aparentemente secuencias causales análogas pueden propiciar consecuencias muy diversas; asimismo, consecuencias idénticas pueden provenir de secuencias causales diferentes. Esta equifinalidad alumbra la necesidad de considerar que los procesos pueden no ser automáticos ni replicables, sino que muestran una dependencia del contexto que se vincula a las condiciones iniciales de su devenir. Por tanto, la acción humana se enmarca en un contexto ecológico que cuestiona fuertemente la consecución mecánica de efectos premeditados: la acción deriva

resultados de forma no previsible a pesar de las voluntades, los cálculos y las intenciones de partida. Esta “ecología de la acción” nos libera de conceptualizaciones mecanicistas que inhiben una aproximación compleja a la realidad social y a la afección humana sobre el entorno.

La noción de sistema es un recurso analítico para pensar el mundo y su dimensión dependerá en cada caso de nuestro interés de conocimiento particular. En virtud de ello, se conformarán los objetos, las relaciones y el sistema específico en el que estos se encuadran. Así, nuestros objetos podrían conformar sistemas desde otro nivel de análisis y nuestro sistema configurar un único objeto dependiendo de la escala del estudio que se emprenda. Pero, por encima de esa modularidad práctica, debe prevalecer siempre una consideración dual de todo sistema; esto es, los sistemas siempre deben expresar clausura/apertura, están abiertos al flujo energético externo al tiempo que aparecen cerrados o autocentrados a nivel estructural. No podemos pensar en sistemas cerrados por muy cómoda que metodológicamente nos parezca esta posición, debemos asumir la “autonomía dependiente” que nos propone Morin (2001): a mayor organización y complejidad interna se produce un mayor requerimiento respecto al exterior, del que se deviene más dependiente. Un sistema así considerado estará siempre lejos del equilibrio estructural; la estabilidad es una falacia. El cambio es el componente conformador del sistema, un cambio que viene del exterior, pero también del interior (endo-exo causal), y que marca su devenir. Este cambio como flujo permanente y en consonancia con el carácter recursivo y rizomático de las relaciones que configuran al conjunto del sistema, no sigue un trazo simple, sino una dinámica no lineal: las transformaciones del conjunto del sistema no son proporcionales a las variaciones de los factores que lo definen, sino que está marcado por bifurcaciones y contingencias, se expresa a saltos y tiene un comportamiento caótico. Si mantenemos que complejidad y sistema son inherentes, en la misma medida la idea de caos es un elemento capital para una aproximación compleja al mundo.

Los sistemas que estamos considerando aquí no son estocásticos, su devenir no tiene nada que ver con el azar. Nuestros sistemas complejos están sujetos a reglas deterministas, sabemos cómo funcionan, pero no podemos predecir su evolución exacta; aquí reside su carácter caótico: determinismo impredecible. ¿Por qué? Porque las condiciones iniciales del sistema nunca son aprehensibles de manera completa. Es en este sentido que los fenómenos sociales son caóticos. La asunción de este carácter caótico nos permite integrar dialógicas y ambivalencias que de otra forma parecen meras anomalías en un proceso de investigación convencional. Desde una perspectiva caótica, no renunciamos en absoluto a formular las regularidades, los factores y las interacciones que explican un sistema; podemos decir que el funcionamiento de ese sistema está regido por leyes, o al menos por ciertas regularidades y correlaciones contrastables, pero su evolución es imposible de predecir debido a una sensibilidad extrema de su configuración a las condiciones iniciales, que nunca podemos conocer completamente.

Es este carácter caótico de los sistemas el que nos permite integrar estructura, agencia (acción individual, liderazgo) y evento (acontecimiento) como elementos estratégicos para comprender cualquier proceso social en tanto que devenir de un sistema (Morin 1982 y 1995). Desde un posicionamiento de corte netamente estructural, el sistema se asimilaría a estructura, y en ella la agencia y el evento tendrían poca significación, reducidos a meros epifenómenos. El sistema tendría su lógica propia, que no permite fácilmente, desde el punto de vista analítico, la emergencia de acontecimientos o nodos en la red que de manera particular e independiente condicionen su devenir. Por el contrario, para otras orientaciones teóricas, estos fenómenos particulares (agentes y eventos) marcarían precisamente el devenir de la realidad social. Nuestra noción de sistema debe ser capaz de encajar tanto el peso de la estructura en el funcionamiento del conjunto como, asimismo, la relevancia de agentes y eventos para comprender su devenir efectivo. El efecto de nodos y coyunturas específicas en/sobre el sistema solo puede entenderse si se asume, por un lado, que los objetos (sujetos en este caso) que forman nuestro sistema complejo son asimismo sistemas complejos y por tanto susceptibles de un comportamiento dinámico no lineal y caótico que tiene influencia sobre el conjunto del sistema; y por otro, que el sistema como tal puede generar momentos (eventos) decisivos para su devenir que no se explican más que por su dinámica no lineal y caótica así como por la ecología de la acción que marca la agencia de sus componentes.

Por tanto, esta aproximación teórica a la complejidad —que demanda una metodología específica y una estrategia particular para su aproximación empírica— implica radicalizar la noción de sistema incidiendo en las relaciones recursivas que propician una estructura rizomática sustentada en la dialógica, con procesos marcados por la equifinalidad y la ecología de la acción; todo ello convierte al sistema en una realidad no lineal de carácter caótico.

Estos presupuestos, aquí esbozados muy sucintamente (para una exposición más amplia véase Ruiz-Ballesteros 2013), nos permitirían encarar la realidad sin renunciar a aprehender gran parte de su

inherente complejidad. Veamos en qué medida la etnografía nos ayudaría a hacerlo.

## 4. ¿Cómo aproximarnos empíricamente a un mundo complejo?

### 4.1. Sobre la etnografía antropológica

La aproximación etnográfica a un grupo humano procura captar, desde dentro, tres elementos básicos: el contexto, las prácticas y los discursos de las personas que lo conforman. El objetivo no es otro que conjugar convenientemente esos tres referentes (contexto, prácticas, discursos) para producir un relato que nos permita comprender la vida de dicho grupo de manera general o bien centrándose en alguna de sus dimensiones. Esta disposición metodológica de vocación integral no puede imaginarse lineal, y mucho menos de aplicación mecánica. No puede basarse en una programación al uso, cerrada y premeditada desde su inicio, sino que ha de basarse en el despliegue de una estrategia de investigación, que, teniendo un objetivo evidente, no puede diseñar el camino previamente, pues —entre otras cosas— tendrá que asumir la impredecibilidad de los humanos con los que se va a trabajar. Por eso, las fases en las que la etnografía pueda dividirse, e incluso las técnicas que se utilicen, se entrelazan, a veces se desarrollan simultáneamente, y en ellas la propia experiencia personal del investigador (sus relaciones) se convierte en un factor técnico de suma importancia.

El método etnográfico se caracteriza por un uso integrado y articulado de múltiples técnicas y herramientas, fundamental pero no exclusivamente cualitativas (documentación, observación, entrevistas, grupos de discusión, historias de vida, estrategias participativas, encuestas...). Todas esas técnicas potenciales adquieren una presencia y configuración particular en cada proyecto en virtud de las características y los objetivos de este. No hay un diseño de etnografía estándar, ninguna etnografía resulta igual a otra. Como puede apreciarse, la etnografía no usa técnicas exclusivas; se podría plantear que la observación participante es consustancial al método etnográfico, pero realmente no debe reivindicarse como una herramienta particular de la etnografía. La peculiaridad de la etnografía es la orientación con que se articularán todas esas herramientas y técnicas desde una perspectiva holística.

En el proceso de análisis necesariamente se conjugan datos resultantes de perspectivas muy distintas (desde material documental de archivo a extractos de conversación, pasando por anotaciones personales) sometidos a procesos de codificación y triangulación que permitan homogeneizarlos en virtud de las intuiciones explicativas o interpretativas que han ido surgiendo a lo largo del trabajo de campo, el cual se alimenta también del planteamiento teórico que subyace a la investigación. Finalmente, la etnografía tiene un elemento definitorio en la propia escritura, en la que debe reflejarse tanto la riqueza como la heterogeneidad de datos y aportes, asumiendo el reto de comunicar la diversidad y complejidad inherentes a las formas de lo humano. No obstante, todo este proceso, que aquí parece presentarse en forma más humanística que técnica no puede quedar exento de rigor y contrastación.

El etnógrafo es el eje y el principal instrumento de la etnografía, ya que de sus habilidades y capacidades depende en gran medida el despliegue de esta metodología. Esta circunstancia se pone de manifiesto sobre todo en la fase de trabajo de campo, en la que se agudizan las relaciones con los investigados a partir de una presencia continuada en la cotidianidad de estos; pero no menos en la escritura, en la que las habilidades literarias harán posible o no una comunicación apropiada de los resultados. De manera más general, la preparación teórica, la habilidad técnica e igualmente el convencimiento personal y la sensibilidad humana resultan factores capitales para comprender el trabajo etnográfico. Por todo ello, la etnografía, además de una metodología de investigación, es una experiencia vital muy intensa, en tanto en cuanto supone un encuentro personal con otros al punto de generar una cierta empatía con ellos (fundamental para captar el tenor de sus vidas); se trata de una práctica vivencial-experiencial que interpela y cuestiona a su principal protagonista —el etnógrafo—, y de ahí que adquiera tanto un carácter de rito de paso para el investigador como de forma de vida conforme se convierte en manera habitual de investigar.

Resulta esclarecedor asumir la etnografía como artesanía. El saber-hacer etnográfico difícilmente puede reducirse a un conjunto de herramientas que se transfieran a modo de destrezas técnicas particulares, sino que más bien se asemeja a una habilidad que se aprende con la propia práctica, tal como se transmite un saber artesanal, tan distinto a la producción en serie.

No obstante, todas estas características (cercanía, empatía, holismo...) no liberan a la etnografía de ambivalencias, paradojas y contradicciones; ni suponen una coartada que la exima de justificar su

validez, eficacia y eficiencia científica; además, el propio carácter del trabajo que despliega la hace objeto de notables preocupaciones éticas.

La etnografía es una metodología tan ambiciosa como difícil; su objetivo general no es solo entender cómo funciona un grupo humano o un fenómeno social, sino cómo los otros representan y comprenden el mundo. El despliegue de la etnografía sobre prácticas, discursos y contextos nos obliga a identificar cómo la gente actúa (qué hace) y entender cómo comprende (cómo piensa). Tras captar acciones y representaciones (lo tangible), tenemos que penetrar en las formas de pensar y sentir.

Si estos son los aspectos más relevantes de la metodología etnográfica, ¿en qué medida es una estrategia que nos procura la perspectiva compleja que perseguimos?, ¿en qué sentido la etnografía es eficaz y eficiente para investigar desde los parámetros de complejidad expuestos anteriormente? Para focalizar esta reflexión propongo centrarnos en tres características definitorias del proceder etnográfico: (1) su capacidad de entrever y desvelar procesos macro en contextos micro; (2) la inmersión del investigador en el contexto de estudio y sus implicaciones para el uso intenso y eficiente de las técnicas principales (observación y conversación); y (3) la forma de escribir-comunicar los resultados y las posibilidades de reflejar-expresar la complejidad de los procesos estudiados.

## **4.2. Etnografía y estudio de caso**

La etnografía suele desplegarse en un entorno social abarcable para el investigador, en un contexto en el que el etnógrafo accede de forma directa a las personas, los lugares y los procesos físico-bio-socio-culturales que lo configuran. Esta circunstancia la convierte en una aproximación de escala micro, universo reducido y específico, que provoca dudas sobre la representatividad y relevancia de los resultados que aporta: ¿se trataría, entonces, de un relato de exclusivo interés local? Sin embargo, la escala micro en la que se desarrolla el trabajo etnográfico facilita de forma sólida el acceso a dos tipos de fenómenos que nos interesan especialmente desde una perspectiva compleja: las interacciones que constituyen el sistema analizado y la materialización o encarnación real de los procesos macro que queremos comprender.

La etnografía nos permite, como ninguna otra estrategia, la posibilidad de delimitar relaciones e interacciones, que, además, pueden aprehenderse con un alto grado de precisión y profundidad. Focalizar en un universo de estudio reducido facilita la penetración en todas las dimensiones de las relaciones entre humanos y las de estos con los demás componentes biofísicos de los entornos en los que se desarrolla su vida. La escala del contexto de estudio y la intensidad de penetración en él guardan una relación inversamente proporcional. Una aproximación compleja debe primar la intensidad en el estudio de las relaciones e interacciones, no solo a través de un acceso a los discursos, sino —fundamentalmente— a partir de una constatación de las prácticas; en definitiva, haciendo efectiva esa radicalización de la perspectiva sistémica de análisis que nos parece capital para captar la complejidad del mundo.

En el ámbito de la etnografía, la preocupación científica no es realmente local, a pesar de que focalicemos en un universo abarcable por el investigador, de tamaño reducido. Su elección y los criterios para ella son, qué duda cabe, muy relevantes, pero más que a una lógica de muestra representativa se responde al criterio de contexto significativo. Nos preocupa comprender el funcionamiento de un fenómeno desde una perspectiva compleja, para ello debemos asegurarnos un contexto de estudio que permita una aproximación intensa a las relaciones e interacciones, en definitiva, a los procesos; y para ello nos circunscribimos a un contexto abarcable. Partimos de la premisa de que los macrofenómenos culturales, sociales, económicos, políticos... que afectan a los humanos deben manifestarse a todas las escalas. Por tanto, seleccionamos la escala que resulta más apropiada para un estudio que aspira a una aproximación lo suficientemente compleja como para desvelar las formas íntimas de esos procesos macro, de modo que no nos limitamos a constatar una vez más su envoltura o a confirmar sus lugares comunes: queremos desentrañar los procesos que nos preocupan, no solo retratarlos en sus formas estereotipadas. Así, por ejemplo, los efectos de macroprocesos como la naturalización de los espacios protegidos, el desarrollo neoliberal de un turismo de naturaleza que desempodera a las poblaciones locales y la lucha de estas para alcanzar una posición decisoria están perfectamente delimitados desde la ecología política (perspectiva macro). Sin embargo, se pueden estudiar con mayores garantías de abordaje complejo en un contexto de reducidas dimensiones y escasa población (por tanto, fácilmente abarcable desde una etnografía longitudinal e intensiva) en el que ese proceso macro se manifiesta con tanta intensidad y evidencia como en cualquier otro lugar de mayores dimensiones espaciales o demográficas. No obstante, esos otros lugares tienen un tamaño que hace prácticamente imposible abarcarlos con la intensidad requerida para desplegar una perspectiva compleja. Los resultados

etnográficos normalmente desvelan sobre el terreno las claves de los procesos macro, siendo muy significativos para aprehenderlos consistentemente. Mediante la etnografía aspiramos a comprender los mecanismos y las lógicas que subyacen a los procesos; no se trata en ningún caso de destilar recetas y guiones que deben configurarlos en todo lugar. Esta forma de aproximación nos acerca a aspectos de esas lógicas subyacentes que son frecuentemente despreciados, a saber: las paradojas, contradicciones y ambivalencias en las prácticas y los discursos, que no pueden ser captadas con nitidez desde metodologías de investigación más extensivas. Por eso, a la hora de diseñar una etnografía, nos importa a veces más que el contexto elegido sea significativo (expresarse sustancialmente la lógica del proceso que queremos desentrañar) antes que representativo (justificado estadísticamente en cuanto a sus elementos constituyentes).

El caso de estudio forma parte del todo en el que el proceso o fenómeno macro que queremos investigar tiene lugar; por tanto, debe entenderse como una encarnación del mismo (en el sentido hologramático). Su manifestación en el contexto concreto en el que se despliega la etnografía nos permitirá un acceso pleno, evidenciando también sus conexiones a escalas superiores e inferiores de la realidad socioecológica. El hecho de que ese contexto de estudio sea abarcable por el investigador es el que facilita que pueda desplegarse una aproximación suficientemente compleja. En este caso, es precisamente el carácter micro el que permitiría la comprensión consistente de lo macro; de esta manera, el estudio de caso etnográfico propicia una estrategia con base empírica para pensar la realidad global sin renunciar a su inherente complejidad.

### **4.3. Etnografía e inmersión del investigador**

Como ya se ha señalado, etnografía implica necesariamente inmersión en un sistema para conocerlo desde dentro, lo que equivale a una presencia continuada en el entorno de investigación, a una convivencia dilatada del investigador con aquellos a los que estudia. El trabajo etnográfico se basa en una aproximación al otro y a su contexto con pretensiones de cercanía y empatía, a pesar de las obvias limitaciones. Esto se lleva a cabo propiciando la inmersión a varios niveles simultáneamente.

Primero, resulta básico palpar y captar el propio lugar de la interacción del grupo estudiado, su sentido más material: sus luces y matices cromáticos, sus fenómenos atmosféricos habituales (vientos, humedades...), el carácter de sus cielos, las formas de sus espacios construidos... Desde aquí podemos aproximarnos a las perspectivas y perfiles de sus paisajes. Palpando y captando todo ello podemos estar en el lugar y sentir este. Toda esa vivencia es fundamental para acercarnos a las personas que queremos comprender. Conforme se produce esta aproximación, el tiempo, el hábito y el roce cotidiano van procurando la confianza necesaria para que los humanos se muestren unos a otros, y para que, con suerte, se revelen las confidencias necesarias para comprender la vida de los otros.

“La vivencia etnográfica es un proceso hacia este tipo de acercamientos en los que igual que uno puede sentir el lugar logra sentir a algunas de las personas que lo habitan (si se dan las circunstancias y los momentos oportunos para que esa aproximación se produzca). Entonces, el investigador consigue comprender al otro en tanto en cuanto intuye cómo siente este su vida; el diálogo propicia que la confidencia sea común y que se establezca una comunicación que olvida por un instante el proceso de investigación y hace emerger la mera relación entre personas. Solo después, quizá en el registro o en la escritura, la situación volverá a tomar esa intencionalidad analítica que le dio razón de ser” (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015: 222).

Llegados a este punto es factible observar desde dentro el quehacer cotidiano, ya que nos hemos situado en medio de la vida del lugar que estudiamos. No somos transparentes, ni anónimos, pero puede que se nos permita ocupar un espacio propio que dote de cierta normalidad a nuestra presencia. Alcanzado este punto, la capacidad de observación resulta privilegiada, se convierte en el eje sobre el que gira la etnografía en general, se multiplica y cualifica traspasando un umbral crítico “cuando el investigador pasa de ser el interrogador a resultar interrogado, desde ese momento las relaciones experimentan una mayor simetría que en cierta medida las lubrica y naturaliza” (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015: 222). El principal indicador de este proceso es la conversión de la entrevista en diálogo.

Alcanzar este nivel de inmersión no propicia precisamente una imagen sintética y plana de la realidad que estamos escrutando, todo lo contrario —y aquí reside la oportunidad de esta estrategia para encarar la complejidad. Captamos prácticas y discursos que solo pueden ser aprehendidos convenientemente si estamos dispuestos a insertarlos en un marco recursivo, dialógico y rizomático que nos permita organizar las relaciones entre la gente y, asimismo, las relaciones de esta con todos los demás seres y objetos con



los que interacciona. Hay que renunciar a las pretensiones de reducción y simplificación que supuestamente nos ayudan a “comprender mejor”. La etnografía es una estrategia que nos habilita para integrar la ambivalencia, las contradicciones, las paradojas en el comportamiento y el pensamiento, no renunciando a las intrincadas aristas que dan forma a lo humano. La inmersión es la que nos faculta para sentar las bases de la investigación en esas arenas movedizas que constituyen lo real. Y ello se hace posible cuando accedemos efectivamente tanto al mundo de los discursos y las representaciones —a través de las entrevistas y sobre todo del diálogo— como al ámbito fenomenológico de prácticas y comportamientos —al que accedemos a partir de esa observación privilegiada que hemos referido más arriba.

Esta orientación etnográfica no es solo una práctica científica, sino también al mismo nivel, una forma de estar en el mundo (Angosto 2013, entrevista a Tim Ingold). La habilidad etnográfica es práctica compleja en sí misma. Para su desarrollo conveniente es necesario articular la personalidad del propio investigador, el carácter de las personas que estudiamos, las peculiaridades del contexto y el bagaje teórico que llevamos —consciente o inconscientemente— al campo. Esta es la encrucijada desde la que se despliega el trabajo, combinando tanto teoría como vivencia.

¿En qué consiste observar y conversar dentro de la etnografía? ¿Cómo nos acercan a la complejidad del mundo? La observación que somos capaces de desplegar surge en principio muy anclada a uno mismo y, para ser eficaz, debe girar progresivamente hacia una observación que tome cada vez más una perspectiva próxima a la de los que se observa. Uno debe comprender cómo los otros miran y ven, y tratar de mirar y ver como ellos, desarrollando una suerte de “educación de la atención” (Ingold 2000, sobre los aportes de Gibson). Se trata de una modulación progresiva de nuestra perspectiva, algo mucho más físico y perceptivo que meramente intelectual (representación discursiva). Mi trabajo de campo, junto a Pedro Cantero y Javier Andrada, en Galápagos ilustra bien este proceso:

“El asombro ante lo cotidiano acompaña el trabajo etnográfico de la mano de la observación. No hay otra manera de acercarse a la acción colectiva, al ir y venir de la gente, a sus quehaceres y a su estar en el entorno. En Floreana han sido muchos los momentos de contemplación que en su ensimismamiento iluminaban tal que verdades reveladas el sentido de la vida en la isla. Nos recuerdo especialmente impresionados por las visitas de familias y grupos de amigos a Playa Negra para echar la tarde entre juegos, retozos en la arena y zambullidas en el mar; contemplar la forma de disfrutar de otros te sumerge en sus vidas. Y qué decir de las asambleas y reuniones en las que uno, profundamente atento, descubre miradas, gestos, actitudes, complicidades, estares muy distintos ante un mismo acontecimiento; estas observaciones corroboran intuiciones precedentes o abren algunas insospechadas. Las asambleas toman el pulso a la vida local y la observación es la única vía para asimilarlas. Contemplar el trabajo en la chacra, a discreta distancia del que faena, asimilar la destreza de sus movimientos acompasados a la herramienta y la labor, captar la reverencia de la siembra, la compulsión de la escarda, el cariño de la recolección, no hay guion de entrevista que permita penetrar en estas cuestiones, solo cabe observarlas con capacidad para sentirlas” (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015: 222).

Y en estos contextos de observación íntima surge la mayoría de las veces la conversación como continuidad natural del hecho de estar juntos y como antítesis de la entrevista estereotipada; compartir invita a la palabra, y cuando esta se convierte en conversación franca, con grandes dosis de simetría, se alcanza el diálogo. Conversar es el arte supremo del menester etnográfico (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015); no cabe la escucha sin conversa mutua, en definitiva, sin complicidad. No resultará tan complicado entender que la conversación “es tan crucial en la etnografía como lo es en la vida ordinaria de los humanos, medio simbólico de abrirse al otro y de sentir explícitamente la comprensión mutua, más allá del contenido de la propia charla” (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015: 234).

Cuando el investigador se convierte en interlocutor, y no ya en mero entrevistador, el nivel de lo comunicado supera las expectativas. Para ello, el etnógrafo debe hablar sinceramente de sí mismo, de su vida y de sus sentimientos e inquietudes, y no precisamente como estrategia técnica, sino como necesidad vital. Curiosamente, este nivel de conversación se convierte en catalizador de otro proceso de suma importancia: la comprensión cierta de las personas que estudiamos sobre cuál es el sentido de nuestra investigación, qué buscamos entre ellos, algo que con mucha frecuencia les resulta inescrutable. Solo entonces comparten realmente con el investigador el proceso de investigación que alcanzaría un cierto sentido participado. Nuestro trabajo etnográfico en la isla Floreana (Galápagos) es una buena muestra del sentido y alcance de este proceso de profundización comunicativa:

“Conversar es un acto tan sencillo como delicado, el diálogo significativo es difícil cuando los interlocutores provienen de mundos muy distintos. La charla banal, el juego de preguntas y respuestas estereotipadas, se sitúan muy lejos de la auténtica conversación, pero ¿cómo alcanzar a conversar acertadamente con el otro? Pasa mucho tiempo antes de que el antropólogo pueda realmente conversar con aquellos con quienes comparte su trabajo de campo, para hacerlo posible ha debido antes sumergirse en sus vidas, y no ya solo hablar su lengua, sino hablar de su mundo.

Pasar de la encuesta o la entrevista a la conversación, al diálogo, debe ser el objetivo de una etnografía que se precie de serlo. Solo tras pasarlo puede adivinarse que los mejores momentos para comprender al otro sean los informales; al hilo de una conversación sin pretensión se cuentan cosas difíciles de construir cuando alguien se pone en situación de responder ante una pregunta explícita. Cómo no evocar ahora los múltiples encuentros fortuitos en los que al hilo del propio saludo surgían temas de conversación azarosos que ilustraban la vida en la isla, las inquietudes de sus habitantes, o los anhelos de futuro. Difícilmente hubieran surgido en el juego de pregunta-respuesta convenidos un día y hora específicos. Resultaron esclarecedoras las veladas nocturnas en el porche de Iván y Rosa, en casa de Flor Naula o de Cecilia, en ellas se conjugaban la conversación casual y el espacio doméstico más cotidiano. En el seno de aquellas conversaciones, de múltiples participantes y guión fortuito, surgieron las pistas más esclarecidas para comprender el sentido de la comunidad, el significado del mal o las diferencias entre hombres y mujeres. Todo ello sumido en los espacios, tiempos y formas de las personas que estudiamos” (Andrada, Cantero y Ruiz-Ballesteros 2015: 231-32).

La inmersión en el campo de estudio se debe materializar en una sólida posición de observación y conversación, similar a la que aquí referimos, que propicia la eficacia y la eficiencia del modelo de investigación etnográfica. Alcanzar esa posición nos permite captar recursividades y dialógicas, intuir la consistencia rizomática del sistema que estudiamos. Son el diálogo y la observación etnográfica los que nos habilitan, utilizando un único modelo de aproximación, para acceder a los discursos y las prácticas, ponerlos en relación, sin otorgar prioridad ontológica a ninguno de ellos, sino más bien armando un bucle recursivo entre ambos en tanto en cuanto nos muestran cómo es el mundo de los humanos, desde su materialidad a su carácter simbólico sin fractura, a modo de continuum. Desde esta estrategia metodológica resulta más fácil acercarnos a la naturaleza ambivalente y contradictoria de las relaciones entre los actores (humanos y no humanos) del sistema que estudiamos, certificando de manera empírica la dialógica que las subyace. Esta combinación radical de observación y conversación permite ir generando una sensación de flujo socioambiental que facilita la intuición de los procesos fundamentales que los constituyen, y que se nos desvelan así los eventos capitales para comprenderlos, amén de sus agencias protagonistas.

Si accedemos de esta forma a la vida social, no debe resultar quimérico llegar a constatar y comprender sobre el terreno el componente caótico del funcionamiento social, identificar equifinalidades y ecologías de la acción tal como se producen en el terreno. No obstante, si bien estos fenómenos surgen durante la inmersión etnográfica a modo de revelaciones, deberán consolidarse a través del análisis y tomar cuerpo consistente durante la escritura etnográfica.

#### **4.4. Etnografía y escritura**

Resulta muy esclarecedor seguir a Latour (2008) cuando nos impele a considerar la escritura como el laboratorio del etnógrafo. Es cierto: ante la escritura, inmersos en el análisis, experimentamos con ideas y nociones que nos pueden ayudar a comprender mejor lo que sucede en el mundo. Pero, si la metáfora del laboratorio resulta sugerente para comprender esa fase del trabajo etnográfico, me gusta pensar, que más que experimentos científicos, los etnógrafos buscan conexiones propias de la alquimia. Quizá solo sea una licencia literaria, pero la imagen del alquimista puede ayudarnos a comprender cómo alcanzar un cierto grado de complejidad analítica sin tener que llegar necesariamente al “experimento”, clásico del laboratorio.

La etnografía convierte algunas de sus supuestas fases segmentadas en simultáneas, y en este caso el análisis y la escritura comparten en muchos sentidos una misma naturaleza. Es cuando se escribe que la reflexión y el análisis etnográfico toman cuerpo. Evidentemente, hay un periodo previo —que incluye al propio trabajo de campo— en el que se van perfilando ideas e intuiciones (de carácter analítico) que nos permiten ir comprendiendo lo que ocurre en el contexto de estudio y, asimismo, alimentan nuestra posición observadora y conversadora en él. Cuando se escribe la etnografía no solo se ensayan conexiones, se evidencian fenómenos o se describen procesos relevantes; en realidad todo ello pretende dotar de sentido global al sistema que estudiamos. Es la escritura etnográfica la que nos habilita

especialmente para integrar la complejidad en nuestra descripción y análisis del mundo, tanto por su sensibilidad con lo particular como por su habilidad para integrarlo en lo abstracto.

El texto etnográfico no renuncia a lo particular, a lo cotidiano, antes bien lo convierte en elemento central de su disquisición, potenciando su presencia como parte capital del relato en tanto en cuanto describe los decires y haceres de las personas cuyas vidas queremos desentrañar, así como una minuciosa referencia al contexto que habitan. Con ello, la complejidad cotidiana puede aparecer en escena antes de que los procesos más puramente analíticos y reflexivos la eclipsen, restando vitalidad al propio mundo en el que tienen lugar los acontecimientos que estudiamos. De esta forma, el relato etnográfico, como ningún otro texto científico, pone sobre la mesa la cotidianidad con toda su complejidad —que es mayor que la de la mayoría de las estrategias científicas creadas para comprenderla—. Por tanto, es fácil mostrar etnográficamente las contradicciones en las relaciones y los procesos, las dialógicas que subyacen al flujo de los acontecimientos, los eventos y liderazgos más relevantes, e incluso apuntar el carácter rizomático de la red de relaciones que articulan a los elementos básicos del sistema que estudiamos. En esta tesitura —y a tenor de la dificultad de la descripción de fenómenos tan inextricables— la capacidad literaria inherente al relato etnográfico es siempre una salvaguarda de eficacia y eficiencia, de la que no podemos sustraer la inestimable colaboración que otros soportes gráfico-visuales pueden aportar como fuente de evocación, sobre todo la fotografía.

Pero la etnografía, como escritura, no puede reducirse al relato descriptivo, por más que este sea uno de sus principales aportes a la comprensión. El texto etnográfico tiene la virtud de habilitar al etnógrafo para considerar al mismo tiempo los aspectos más materiales y empíricos de su investigación junto a las reflexiones más abstractas y globales. Esta convivencia de lo particular y de lo general facilita la emergencia en el texto de conceptualizaciones y herramientas analíticas de marcado carácter complejo. No solo resulta más indicada esta escritura para ilustrar convenientemente fenómenos como la equifinalidad y la ecología de la acción sobre casos concretos, sino que posibilita el trabajo analítico al hilo de nociones como no-linealidad, bifurcación, sistema complejo adaptativo o comportamiento caótico. Todo ello porque la etnografía, como escritura, tiene la virtud de integrar, a través de una consideración abierta y flexible del texto (entendido a la par como científico y literario), la posibilidad de la metáfora junto a la relación causal más simplificada, propiciando la evocación sensible junto a la argumentación lineal y fría. Es esta versatilidad estilística la que sustenta la potencialidad de la escritura etnográfica para expresar la complejidad de los fenómenos sociales y culturales.

Si no conseguimos transmitir complejidad a través de la escritura etnográfica nuestra etnografía no será compleja. Es evidente que el relato etnográfico pone a nuestra disposición cuantas herramientas y posibilidades queramos utilizar —sin cortapisa alguna— para satisfacer el objetivo; no tenemos coartada que nos lo impida.

## **5. Hacia etnografías complejas: potencialidades y limitaciones**

La etnografía tiene, desde su fijación como método científico, una indudable afinidad y adecuación para desarrollar una aproximación compleja a la realidad humana. Su aplicación progresiva a ámbitos más allá de los clásicos “pueblos primitivos” para los que se ideó, no ha venido sino a confirmar su capacidad para explorar, primero, y desentrañar, después, fenómenos que solo pueden comprenderse desde una perspectiva conscientemente compleja.

Como hemos visto, el propio ejercicio de Morin en Plozévet —a modo de preludeo de su elaboración teórica posterior— nos presenta ya una estrategia de facto etnográfica que quiere propiciar una aproximación aún no reconocida explícitamente por el autor como compleja. Morin hace una doble apuesta metodológica que lo ancla a la etnografía más clásica: aprehender la multidimensionalidad de los fenómenos empíricos y desarrollar una perspectiva micro para comprender lo macro. Desde estas premisas sustenta el diseño de la investigación en el rigor antes que en la rigidez —de ahí la propuesta de estrategia en vez de programa cerrado—, que permita integrar la recursividad entre el proceso de recogida de datos, el análisis y el surgimiento de ideas interpretativas y explicativas (a modo de *grounded theory*). Para ello, Morin utiliza las clásicas herramientas etnográficas, pero dotándolas de mayor ambición en el contexto de su “sociología del presente”. Surgen de este modo la observación *fenomenográfica*, la conversación-diálogo antes que la encuesta-entrevista, y la praxis-participativa. Con todo ello la etnografía diluye, hacia dentro, la separación sujeto-objeto, transitando hacia la intersubjetividad; y pugna, hacia afuera, por romper la segmentación de tareas entre investigadores cuando estos constituyen un equipo. No cabe duda: Morin sienta en una etnografía revitalizada las bases

de una estrategia de investigación empírica para lo que después constituirá su pensamiento complejo. Cabría preguntarse hasta qué punto esta etnografía en Plozévet fue uno de los catalizadores de la formulación del pensamiento complejo. Quién sabe. De lo que sí tenemos certeza es de que Morin no volvió a embarcarse en ninguna otra aventura etnográfica de ese tenor.

Una vez que posteriormente han quedado fijados gran parte de los principios básicos de una aproximación compleja, cabe, como se apunta aquí, desarrollar más esa estrategia etnográfica que Morin esbozó, puntualizando algunas de sus virtudes y oportunidades más evidentes, reivindicando de manera explícita una etnografía para la complejidad.

No obstante, si bien la etnografía es una base sólida para el conocimiento complejo de la realidad, no podrá entenderse de ninguna manera como su punto final. El estudio de caso etnográfico es tan solo el primer paso para aprehender complejidad; sigue siendo necesario desarrollar una estrategia que igualmente incorpore principios complejos para, sobre la base de la comparación, buscar vías sólidas de generalización. Para ello, debemos dar el salto desde la extrapolación de lo micro a la macro que se persigue en la etnografía, hacia el establecimiento de tendencias análogas entre casos micro. Esta integración quizá vendrá más de la mano de los recursos analíticos que nos proporcionan las ciencias de la complejidad que del pensamiento complejo. No podemos despreciar las herramientas que nos ayudarían a formular modelizaciones, expresiones tendenciales y configuración de escenarios, que a buen seguro servirán para comprender más y mejor —por medio de la agregación compleja— los procesos físico-bio-socio-culturales que constituyen lo humano y el mundo que este habita. Pero quizá la etnografía debería ser siempre el primer paso, el punto de partida.

---

## Bibliografía

Andrada, J. (A. Cantero y E. Ruiz-Ballesteros)

2015 *Floreana, islamundo en Galápagos*. Quito, Abya-Yala.

Angosto, Luis

2013 “Maneras de Vivir: cultura, biología y labor antropológica según Tim Ingold”, *AIBR*, nº 3: 285-302.

Deluze, Gilles (y Félix Guattari)

1994 *Rizoma*. México D. F., Ediciones Coyoacán.

Capra, Fritjof

1996 *La trama de la vida*. Barcelona, Anagrama.

2002 *Las conexiones ocultas*. Barcelona, Anagrama.

Latour, Bruno

2008 *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial.

Ingold, Tim

2000 *The perception of the environment*. Londres, Routledge.

Morin, Edgar

1967 *La métamorphose de Plozévet*. Paris, Pluriel, 2013.

1980 *El método. La vida de la vida*. Madrid, Cátedra, 2002.

1982 *El método. La humanidad de la humanidad*. Madrid, Cátedra, 2001.

1982 *Ciencia con consciencia*. Barcelona, Anthropos.  
>1995 *Sociología*. Madrid, Tecnos.

Ruiz Ballesteros, Esteban

2013 “Hacia la operativización de la complejidad en Ciencias Sociales”, en Esteban Ruiz y José Luis Solana (eds.), *Complejidad y Ciencias Sociales*. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía: 137-174.